

ENTREGA DEL PABELLON DE COMBATE AL PETROLERO «ALMIRANTE JORGE MONTT»



El Comandante del "Montt", Capitán de Navío Ladislao D'Hainaut, en el instante de recibir el Pabellón de Combate para su buque.

El pasado 8 de octubre se efectuó en la rada de Talcahuano, en el puerto militar, la solemne ceremonia de entrega del pabellón de combate, donado por la Hermandad de la Costa, al petrolero "Almirante Jorge Montt".

En esta oportunidad, y después de recibir el pabellón, el comandante del "Montt", capitán de navío don Ladislao D'Hainaut Fuenzalida pronunció el siguiente discurso:

"Sr. Comandante en Jefe de la Escuadra, Sr. Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval, Sr. Presidente de la Hermandad de la Costa Talcahuano, Sr. Jefe Estado Mayor de la Comandancia en Jefe II Zona Naval, Sres. comandantes.

La feliz iniciativa de un ex-comandante de este buque, y actual Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval almirante Sr. Carlos Chubretovich Alvarez y la generosa acogida de la Hermandad

de la Costa de Talcahuano, han venido a llenar el largo vacío de la carencia de un pabellón de combate en el petrolero "Almirante Jorge Montt".

Digna fecha, 8 de octubre, en que se conquistó el Dominio del Mar en 1879, y en que participara don Jorge Montt como comandante de la corbeta "O'Higgins".

A fuer de aquello, el 8 de octubre es también hoy el día de los Suboficiales Mayores, y para colmar la brillantez y solemnidad del acto que merece el izar por primera vez este pabellón, la proximidad de tantos buques de guerra nacional y extranjero, y más allá, el alma mater de la formación de nuestras dotaciones, la Escuela de Grumetes, así como también de la base que permite mantener operativa la Flota.

Merece especial reconocimiento que en medio de tanta preocupación al arribo de las Fuerzas de Unitas XIII tan distingui-

das autoridades y hombres que vibran con las cosas del mar, hayan encontrado tiempo para prestigiar este evento.

Un Pabellón de Combate tiene un sólo destino.

Izado al tope el día en que el clarín lo llamara a flamear frente al enemigo, debe rasgarse en jirones, quemarse por el fuego y así exhibirse orgulloso en la victoria, o bien ser lo último del buque que toque las aguas antes de sumergirse en el abismo.

Sólo de tal manera, volvería a ser historia la palabra del héroe cuando dijera: "Esa bandera nunca se ha arriado ante el enemigo".

Amamos nuestra bandera tricolor por sobre todo otro símbolo de Chile, pues bajo el pabellón de la estrella solitaria, han marchado nuestros ejércitos a paso de vencedores a través de los desiertos y arremolinados bajo su sombra, sable en alto, cargaron los centauros de antaño.

Esa misma bandera la agitamos desde niños enfervorizados los 18 de septiembre, enfervorizados al paso de las tropas.

Allá ha cubierto con amor los restos de nuestros héroes camino de su última morada, y ha cubierto asimismo en sus

horas brillantes, de gloria y también de congoja a los ciudadanos relevantes de Chile.

Su sombra, es la que cubre al atardecer desde siglo y medio al hombre que descubierto en señal de respeto, la arría al ocaso.

Todo símbolo involucra un compromiso, y si la bandera es el símbolo de la Patria y la encarna en sus simples colores y la feliz combinación de éstos con su estrella, ese compromiso se extiende entre esa Patria y sus hijos en forma de recíproco amor; en síntesis es protección hacia éstos y respeto y fidelidad hacia aquella.

Va más allá el compromiso contraído con el Pabellón de Combate, símbolo que nos compromete, de manera categórica, tal cual nos lo prescribe el juramento prestado a la Bandera, "hasta rendir la vida si fuera necesario".

Ello será necesario, tanto en conquistar la victoria, y más aún al no obtenerla.

En nombre de este buque, agradezco sin reservas, profundamente el hermoso rasgo de la Hermandad de la Costa, que hizo posible esta ceremonia y de quienes seremos agradecidos de tan noble gesto".

